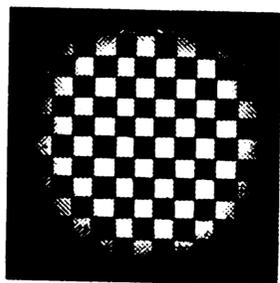


## MANUEL SEOANE Y LUIS HEYSEN: Avatares del estilo reformista peruano en la Argentina de los veinte

Martín Bergel



En los últimos años, la historiografía se ha ocupado de iluminar diversas dimensiones de la trama material que dio origen a ese singular «momento latinoamericano» de la cultura y la política del continente, que tiene lugar en el ciclo que se inicia a comienzos de siglo XX y se acelera a partir de la Reforma Universitaria de 1918. Aún hoy —en tiempos de mundialización de la cultura y de vertiginosos contactos a través de los canales ofrecidos por las nuevas tecnologías de la información— causa asombro la intensidad de los vínculos establecidos en las décadas iniciales del siglo por diversos intelectuales y formaciones culturales y políticas latinoamericanas.

Por entonces, una miríada de formas de sociabilidad intelectual —revistas, viajes, una tupida correspondencia— alcanzó a conformar una densa malla de contactos y relaciones que acabó por conformar un «latinoamericanismo práctico», el cual rebasó significativamente el puro orden de las ideas y de las apelaciones retóricas a la unidad continental.

MANUEL SEOANE Y LUIS HEYSEN

Tan exuberante supo ser esa trama que varios de sus aspectos no nos resultan todavía suficientemente conocidos. Este artículo se ocupa de un capítulo significativo de las relaciones establecidas entre los reformistas universitarios argentinos y peruanos en la década de 1920. Argentina va a ser, efectivamente, uno de los principales destinos para los jóvenes del Perú que deben emprender el camino del exilio durante el oncenio de Augusto B. Leguía —1919-1930—. Entre ellos, sobresalieron Manuel Seoane —1900-1963— y Luis Heysen —1903-1980—, debido a que su actuación en diversas organizaciones ligadas al reformismo argentino supo dejar una acusada impronta.

Seoane y Heysen —a la postre, destacados dirigentes del APRA— no pasaron, en efecto, desapercibidos en los años en que les tocó vivir en el Río de la Plata. El primero fue periodista del popular diario *Crítica* de Buenos Aires, habitual colaborador de diversas publicaciones ligadas al espacio intelectual de la Reforma y, sobre todo, secretario general de la principal entidad antiimperialista argentina —la Unión Latinoamericana (ULA)—, de cuyo órgano *Renovación* fue director entre 1928 y 1930. Al decir de Alfredo Palacios —presidente de la organización—, Seoane era «el alma de la Unión Latinoamericana».

Heysen —por su parte— logró ser presidente de la Federación Universitaria de La Plata —una de las espinas dorsales del movimiento reformista argentino—. Pero, la atenta mirada con la cual ambos jóvenes no cesaron de seguir los acontecimientos peruanos, y más decisivamente el imperativo —que compartían con su ya por entonces indiscutido líder Víctor Raúl Haya de la Torre— de conformar una organización revolucionaria de alcance americano, acabaron por dotarlos de un perfil que se recortaba y distinguía de las disposiciones habituales de los reformistas argentinos. Ese *estilo reformista peruano* pudo entonces, alternativamente, resultar tanto un recurso al que acudir en busca de prestigio, como una identidad cuyas aristas más controversiales y discordantes con el medio argentino convenía morigerar, si se pretendía no quedar descolocado.

Este trabajo enfoca, entonces, su atención en las tensiones derivadas de la articulación de espacios políticos locales y transnacionales. El proceso de la Reforma Universitaria ofreció, de un lado, la oportunidad de desarrollar redes políticas y afinidades a escala continental, a partir de la puesta en disposición de un registro experiencial y un lenguaje común. En particular, las nociones derivadas del discurso antiimperialista

MARTÍN BERGEL

y latinoamericanista ofrecieron un terreno propicio a la cooperación y al «sentimiento de hermandad». Ese lenguaje común resultó decisivo en la constitución de un «nosotros» ampliado, que habría de facilitar la inserción de los jóvenes peruanos en las organizaciones ligadas a la Reforma en Argentina.

No obstante —de otro lado—, para los reformistas latinoamericanos pronto se tornaron evidentes las dificultades surgidas a la hora de traducir ese horizonte común de sentido en acción política concertada. Allí, la convergencia y la cooperación continental encontraron tensiones, que se expresaron en ocasionales malosentendidos y en formas de competencia más o menos solapada. En la medida en que el eco continental de la prédica latinoamericanista parecía hallar resonancias ilimitadas, algunas figuras se vieron tentadas de obtener rédito político de esa dilatada influencia.

Es el caso, ejemplarmente, de Haya de la Torre, a quien veremos intentando hegemonizar el espacio del antiimperialismo latinoamericano. Haya no sólo tuvo duros encontronazos con la Liga Antiimperialista de orientación comunista, sino que llegó a desmerecer la actividad de la Unión Latinoamericana —a la que estaba, sin embargo, unido por lazos afectivos y por la actividad que allí desempeñaban Seoane y otros peruanos exiliados— por juzgarla restringida «a fines de acción intelectual».

Aquí, procuraremos, entonces, reconstruir los modos en que Seoane y Heysen procesaron las tensiones derivadas del choque entre los imperativos del programa aprista y las condiciones específicas del medio intelectual reformista argentino. La adaptabilidad de su accionar a este medio, así como el grado de apertura del aprismo a los diversos contextos, son dimensiones que debemos considerar a la hora de ponderar el grado de éxito que tuvieron en su tarea de integración a las organizaciones reformistas locales.

Este artículo se cierra en 1930, y no solamente porque ante la caída de Leguía, Seoane, Heysen y los demás desterrados se apresuran a retornar al Perú para organizar y promover el recién fundado Partido Aprista Peruano —culminando así el primer ciclo de exilios de la turbulenta historia aprista—, sino porque en ese año se asiste además al final del ensayo democrático iniciado en 1916, en Argentina. Al producirse el primero de una larga serie de golpes de estado que aquejarán a la sociedad argentina en el siglo XX, cambiaron enteramente las apacibles condiciones en que la experiencia reformista había tenido

MANUEL SEOANE Y LUIS HEYSEN

lugar en la república del Plata —incluidas, por supuesto, las que habían dado marco a la acción de los jóvenes peruanos exiliados—.

1

El clima cultural de la primera posguerra —marcado por la Revolución Rusa y la extendida problemática, no sólo spengleriana, de una «decadencia de Occidente», así como más decisivamente por la Reforma Universitaria que se inicia en 1918— sirvió como telón de fondo para un proceso de inédito intercambio entre las culturas intelectuales argentina y peruana. Ciertamente, este proceso —que responde a muy diversos afluentes— había tenido importantes antecedentes desde comienzos de siglo. Mencionemos brevemente algunos casos. Ya los temas abordados en los primeros congresos estudiantiles americanos de 1908, 1910 y 1912 —realizados en Montevideo, Buenos Aires y Lima, respectivamente—, habían anticipado a la mayoría de los que haría suyos el movimiento de 1918 y facilita la emergencia de un haz de relaciones entre diversas figuras de ambos países —tal como, entre otros, supo recordar Luis Valcárcel—.

A ello puede agregarse el tendido de algunas redes intelectuales, como la propiciada por Francisco García Calderón —desde París— con *La revista de América*. Esta publicación —que vio la luz entre 1912 y 1914— ofició de soporte para el cultivo de lazos entre la generación *novecentista* peruana y algunos intelectuales argentinos de diverso signo y trayectoria —como Manuel Gálvez y Manuel Ugarte—. Desde un ángulo distinto, algunos contactos y viajes de anarquistas ítalo-argentinos estimularon el desarrollo de esa corriente en el Perú.

Con todo, no fue sino a partir de la irrupción de la Reforma que ese proceso se generalizó hasta alcanzar —en la década de 1920, probablemente— su momento de mayor vigor. Fue allí cuando pudo hilvanarse entre estudiantes e intelectuales argentinos y peruanos un tejido elaborado por un sinnúmero de contactos, envío de publicaciones, correspondencia, etcétera. Y es que las múltiples referencias cruzadas encontraban un terreno fértil para su expansión en la mutua admiración que entonces podían prodigarse ambas esferas político-culturales.

Del lado peruano, la generación reformista de Haya de la Torre —que conforme avanzaba la década sería cada vez más enfática en

MARTÍN BERGEL

afirmarse en la negación de sus antecesores, con la ilustre excepción de Manuel González Prada— no ponía, en cambio, tantos reparos en elevar a la estatura de «maestros» a figuras argentinas de generaciones anteriores —tales como José Ingenieros, Alfredo Palacios, Manuel Ugarte— e, incluso, a algunas menos embanderadas en ideales compartidos —como Ricardo Rojas y hasta el afamado escritor de deriva filofascista, Leopoldo Lugones—. Todos ellos podían ser admirados, ya por su capital cultural y la impronta americana de su producción —era el caso de Ingenieros—, ya por su refinamiento artístico —tal el perfil entrevisto en Lugones—, o por su condición de pioneros en la común causa antiimperialista —y ése será el extendido juicio sobre Ugarte—.

Del lado argentino, la relación no se establecerá tanto con los novecentistas ya consagrados; sino, más bien —luego de 1919—, a través de una embrionaria simpatía por las figuras principales y los hitos de la generación emergente en el movimiento reformista peruano. Esa simpatía inicial había evolucionado hacia mediados de la década hasta alcanzar el grado de una casi unánime pleitesía —al menos, de parte del extendido campo cultural antiimperialista y de izquierda—. Como veremos, la opinión pública reformista argentina se sentirá seducida por la insistente prédica con la que Haya de la Torre se autoadjudicaba el rol de «vanguardia» política del movimiento reformista en todo el continente.

El proceso de la reforma peruana —además de estar conducido por hombres de probada capacidad intelectual, atentos a los vaivenes del clima de ideas de la posguerra— era digno de elogio por haber plasmado —como ningún otro— los ideales más íntimos del movimiento estudiantil. En especial, por traducir a una vena más decididamente política y combativa el antiimperialismo y las luchas contra las tiranías que azotaban al continente, además de dar curso práctico al mandato que exigía fundir al movimiento surgido de las aulas con la sociedad toda. Y, en particular, con los sectores ligados al mundo del trabajo —allí constituía objeto de admiración la experiencia de las Universidades Populares González Prada—.

Ese escenario de galanteo y reverencias mutuas se había consolidado a partir de algunas visitas que habían dejado marcas resonantes. La experiencia del viaje constituyó —para los militantes reformistas— una de las formas más efectivas de constitución de tramas materiales y simbólicas. La llegada de una figura ilustre —con su estela de ceremonias,

MANUEL SEOANE Y LUIS HEYSEN

homenajes, conferencias, etcétera— no sólo producía —de facto— un imaginario constituyente de espacio público trasnacional, sino dejaba un saldo de contactos, proyectos compartidos y hasta un relato épico común.

Algo de todo eso puede hallarse en los efectos que la sonada visita de Alfredo Palacios a Lima —en 1919— generó en el reformismo universitario peruano. Resulta ya un lugar común para las historias de la expansión continental del movimiento iniciado en Córdoba adjudicar a ese viaje el carácter de detonante de la reforma en el Perú. Tamaña significación había sido otorgada ya por contemporáneos como Manuel Seoane, quien —en 1924— podía establecer que «el verbo encendido de Palacios prendió la chispa el año 19». Esa visita, por lo demás, estableció un canal de empatía entre Palacios y los jóvenes reformistas peruanos que sería continuamente revalidado.

Posteriormente, otros viajes de dirigentes reformistas argentinos a Lima —tales como el de Héctor Ripa Alberdi, en 1922; nuevamente, el de Palacios, en 1923; el de Carlos Sánchez Viamonte, en 1924— vinieron a confirmar y a robustecer los lazos preexistentes. Fruto de esos contactos, entrarían en relación —a la postre, prolongada por décadas— Gabriel del Mazo —presidente, en ese momento, de la Federación Universitaria Argentina— y su par peruano: no otro que Víctor Raúl Haya de la Torre. Y de ese vínculo surgiría la firma de un convenio por el cual Haya visitó —en 1922— los países del Cono Sur del continente, dejando una primera impronta muy significativa.

En Buenos Aires —donde dio una concurrida conferencia en la universidad—, Haya parece haber conquistado a la opinión pública reformista. Así, al menos, podía recordarlo posteriormente del Mazo: «quedamos prendidos de su simpatía. No lo dejábamos irse». Haya —por su parte— tuvo, asimismo, a su regreso a Lima palabras de sentido reconocimiento para con

[...] la reforma universitaria argentina, que es, sin duda alguna, el más grande movimiento de revolución espiritual producido en América en los últimos tiempos.

Con esos antecedentes, no resultó extraño que —a la hora de verse obligados a emprender el camino del exilio— varios jóvenes peruanos ligados al movimiento estudiantil y a las Universidades Populares González Prada eligieran la Argentina como destino —hecho que no pasó

MARTÍN BERGEL

desapercibido en las publicaciones reformistas—. En el grupo que arriba en el bienio 1924-1925, se encuentran Manuel Seoane —quien se afinca en Buenos Aires— y, posteriormente, Luis Heysen —quien, tras unos meses en Chile, se establece en la ciudad de La Plata, en 1925. Ciertamente, no sólo la atracción inicial por el país en el que se había iniciado el movimiento de la reforma tuvo peso a la hora de la elección del lugar de exilio. Algunas facilidades conseguidas —gracias a contactos previos— en el ingreso a la universidad y en la obtención de empleos debieron haber coadyuvado para reforzar la cadena de sucesivos arribos.

Con todo, las expectativas iniciales que el brillo del Plata pudo generar en los jóvenes peruanos parecieron verse frustradas —al menos en un aspecto crucial—: precisamente, el atinente a la naturaleza del movimiento reformista. Según escribía Seoane a Heysen en la carta recién citada:

Aquí andamos con muchas dificultades para la propaganda. El ambiente es conservador, inclusive la clase estudiantil, aunque resulta una audacia mía darle colorido, porque en realidad son sólo indiferentes, individualistas, argentinistas.

Y es que la empatía y el común ánimo, tanto de renovación espiritual como de camaradería antiimperialista y latinoamericanista entre argentinos y peruanos, no alcanzarían a disimular aquello que, en la convivencia cotidiana —y ya no en la pura evocación a la distancia— resultaba incontrovertible: el hecho de la existencia de dos culturas políticas reformistas diferentes. Tironeados entre la que traían consigo —y que Haya, desde Europa, no cesaría de promover— y aquella otra —inevitablemente presente en el medio en el que debían insertarse—, Seoane, Heysen y los demás jóvenes peruanos navegaron el exilio argentino.

2

¿De qué materiales estaba hecho el *humus cultural* del reformismo argentino con el cual tuvieron que lidiar los jóvenes desterrados peruanos? Detengámonos un momento en este asunto. El 22 de noviembre de 1918, José Ingenieros ofrecía —en el Teatro Nuevo de

MANUEL SEOANEY LUIS HEYSEN

Buenos Aires— su famosa conferencia «Significación histórica del movimiento maximalista» —maximalismo era, en la época, la palabra con la que se aludía al fenómeno bolchevique—. Ante un auditorio rebosante, Ingenieros presentaba una visión netamente celebratoria del proceso revolucionario ruso, en un gesto de radicalización ideológica que inauguraba lo que —a la postre— sería la última fase de un periplo intelectual que lo encontraba reconciliado con la retórica anticapitalista —que había sabido cultivar en su primera juventud—. Saludando a un tiempo a la Revolución Rusa y a la Reforma Universitaria iniciada apenas meses antes, Ingenieros asistía a su consagración como maestro y guía intelectual de una «nueva generación» —la que, en los años siguientes, no pondrá excesivos reparos a la hora de confirmarlo en esa posición—.

Ciertamente, al tiempo que en esa conferencia azuzaba a su auditorio a adoptar posiciones no contemplativas con el viejo mundo —que creía ver fenecer bajo el doble impacto de la guerra mundial y la revolución— y a llevar a cabo el precepto maximalista que indicaba —para la hora— aplicar «el máximo de reformas», eludía brindar precisiones acerca de cuáles eran las que tocaba realizar en la situación argentina. Luego de profetizar que la revolución social que se cernía sobre Europa —como todos los grandes acontecimientos de ese continente— abasaría inevitablemente a los países americanos, Ingenieros concluía su alocución de un modo, sin embargo, modesto:

¿Qué hacer, pues, frente a las aspiraciones maximalistas? Depende. Los que tengan anhelos de justicia, para ellos o para sus hijos, pueden saludarlas con simpatía; los que no creen que pueden beneficiarlos, deben recibirlas sin miedo. Eso es lo esencial: ser optimistas y no temer lo inevitable [...] El desarrollo de esta revolución no incomodará a quienes la esperen como la cosa más natural, anticipándose a ella, preparándola, como expertos navegantes que ajustan las velas al ritmo del viento...

Pues bien, no parece excesivo suponer que este tan moderado *qué hacer* de Ingenieros ofrece el diagrama de unos marcos que el movimiento reformista argentino de los años veinte, difícilmente, se animó a rebasar. Ciertamente —sobre todo en sus primeros años—, la autoproclamada nueva generación —que afirmaba venir a romper con un mundo— quiso poner en práctica diversos ensayos de una posible nueva vinculación entre intelectuales y política. Pudieron frecuentarse, entonces, apelaciones

## MARTÍN BERGEL

de cuño vitalista a la acción y al heroísmo —que tenían como trasfondo filosófico la reacción contra el positivismo hegemónico— hasta mediados de la segunda década del siglo.

No obstante —como ha mostrado Karina Vásquez—, esa apelación a llevar la Reforma Universitaria a un plano de intervención en el terreno de la política se veía, sin embargo, obturada por el rechazo que las instituciones —y los modos de lo que usualmente se tenía por esa actividad— generaban en varios conmlitones del reformismo. La política aparecía —para los jóvenes reformistas— como un escenario plagado de prácticas indignas de los nuevos ideales, bajo los cuales gustaban colocarse. Desde el explícito rechazo del parlamentarismo —por ejemplo, de parte del grupo universitario de izquierda *Insurrexit*— al apartidarismo —que denunciaba la politiquería, el carrerismo y los juegos de poder—, los jóvenes reformistas debían velar por una independencia que se correspondiera con la línea directriz trazada por Ingenieros —aquella que postulaba que «los ideales universitarios deben mantenerse libres de toda contaminación política»—.

El reformismo argentino pareció, entonces, encadenarse a una actitud que se encuentra en la base de una de las posiciones arquetípicas de los intelectuales occidentales, respecto a fenómenos como el de la Revolución Rusa —que David Caute ha reconstruido en la figura del «compañero de viaje»—. Según este autor, un amplio abanico de intelectuales simpatizantes del fenómeno bolchevique —desde Anatole France y Romain Rolland hasta John Dos Passos y Upton Sinclair— podía saludar, apoyar y propagandizar la Revolución; pero prefería antes evocarla a la distancia que incorporarla como horizonte para su acción pública concreta —todavía deudora de los postulados de la Ilustración—.

Algo similar ocurría en el reformismo argentino. La apelación a la revolución, de origen bolchevique, o luego —y más importante para lo que nos ocupa—, eventualmente aprista,

[...] difícilmente podía hallar eco en el movimiento reformista, encarnación universitaria de un progresismo que a través de todas sus mutaciones se mantenía fiel al rumbo que le había fijado Ingenieros, para quien la revolución debía ser fuente de inspiración para la acción política, pero no el objetivo de ésta.

Y, no obstante, esa recusación en la práctica de la revolución —o, directamente, de la política *tout court*—, se veía tensionada por el

MANUEL SEOANE Y LUIS HEYSEN

empuje constante generado por el afán inicial de la reforma de trascender la esfera estrictamente universitaria para incrustarse, de lleno, en las luchas de toda la sociedad. Puesto a definir en tono de balance cuál era la esencia del movimiento reformista, el cordobés Deodoro Roca —autor del «Manifiesto liminar de la Reforma Universitaria», texto medular que marca el inicio del movimiento de 1918— podía establecer —en 1936— lo siguiente:

Eso es la Reforma: enlace vital de lo universitario con lo político, camino y peripecia dramática que conducen a un nuevo orden social. Antes que nosotros, lo adivinaron ya en 1918 nuestros adversarios. El universitario 'puro' es una cosa monstruosa.

Esa marca de origen —evocada por Roca— condujo a que —promediados los años veinte—, ante una reforma en retroceso en las universidades y de menguada visibilidad en el resto de la sociedad, una sensación de estancamiento —cuando no de crisis— invadiera a los más activos militantes reformistas argentinos. Entre ellos, fue Julio V. González —uno de los directores de la revista platense *Sagitario*— quien supo comunicar esa inquietud más cabalmente. En un editorial de la publicación —titulado, inequívocamente, «Política»— clamaba por abandonar los pruritos y entregarse de lleno a la acción:

Estamos corriendo este inminente peligro: de perdernos en abstracciones, de malograrnos en disquisiciones teológicas. La Nueva Generación es hija de la acción. Nació de la Reforma Universitaria y tomó a esta gran cruzada continental como entrenamiento revolucionario [...] POLÍTICA: he aquí la nueva palabra que debe incorporar a su repertorio y colocar en primer plano la Nueva Generación. Como consecuencia de su actitud nihilista, de su descontento con el estado de cosas existente y la organización social, ella se definió como apolítica. Pero esto ha sido un error y es necesario reconocerlo sin ambages y rectificarlo de inmediato. Aunque los partidos políticos existentes son malos y peor orientados; aunque acusen un bajo nivel intelectual y un estado más o menos manifiesto de corrupción y venalidad; aunque la política nacional esté regida por un crudo sensualismo del poder en vez de serlo por altos ideales, es menester, no obstante, ir a ellos para procurar ponerlos al servicio de la Nueva Generación [...] Que la Nueva Generación abandone su desprecio olímpico

MARTÍN BERGEL

por la política y se mezcle en la brega, aunque manche con lodo la inmaculada pureza de su túnica.

Un año después, no era una táctica «entrista» la propiciada por González, sino la creación de un nuevo Partido Nacional Reformista que evite «que la ideología forjada con el esfuerzo de una década se pierda en la abstracción». La iniciativa —al igual que una similar proyectada por Adolfo Korn Villafañe, unos años antes— recibirá pocas reacciones entusiastas y, por ello, fracasará. En 1941 —siendo ya diputado por el Partido Socialista—, González ofrecería un juicio retrospectivo que sintetiza el *élan* que presidía al reformismo argentino de entonces:

Ninguno, desde el '18 hasta el '30, nos hallábamos enrolados en los partidos. Nos defendíamos de ellos. Le teníamos asco a la política, y tanto asco que yo, por mi parte, intenté hacer de la reforma universitaria un partido ideal, una especie de república de Platón, desde luego irrealizable. Cayó en el vacío. Mi iniciativa fracasó. Pero tal era la aprensión que le teníamos a la política que, de ir a ella, lo hubiéramos hecho formando partido propio: el de la Nueva Generación.

La tensión entre esa voluntad de intervención política y el resguardo estético-juvenil de un sesgo generacional que se pretendía nuevo e incontaminado pareció, entonces, resolverse a favor del segundo término. Es en ese sentido que —como han subrayado Liliana Cattáneo y Fernando Rodríguez— el reformismo argentino prolongó —tanto en la custodia de una esfera pretendidamente habitada por ideales puros, como en la actitud pedagogista-iluminista con que concebía la actividad intelectual— el *arielismo* de comienzos de siglo. Con esas disposiciones culturales tuvieron que lidiar los reformistas peruanos en su periplo argentino.

3

Resultaría, empero, simplificador explicar la deriva del reformismo argentino apenas con arreglo al *ethos* cultural del que estaba conformado. Algunos aspectos sociales y políticos, ciertamente, colaboraron en generar condiciones para la emergencia de un reformismo universitario moderado

MANUEL SEOANE Y LUIS HEYSEN

en comparación a otras experiencias. De un lado, la década del veinte todavía conoció índices económicos que —tras la crisis provocada por los sacudones que la gran guerra había generado en el comercio internacional— prolongaron las décadas de excepcional crecimiento que la Argentina conocía desde 1880. Y si sus dividendos estuvieron desigualmente repartidos, ello no obstó para que la experiencia posible y concreta del ascenso social de decenas de miles de personas tendiera a dar un tono de progreso relativamente sosegado a una década en la que —en parte, por ese mismo proceso— ingresaron en una fase de declive las fuerzas más radicales que habían hegemonizado el movimiento obrero y social, durante los primeros años del siglo — esencialmente, las de orientación anarquista—.

A ello hay que sumar rasgos más decisivos que contrastan con lo que acaecía en países como Perú o Cuba, en los que el movimiento reformista adoptó vías mucho menos mansas. Hay que apuntar también que — hasta 1930— la experiencia democrática inaugurada en 1916 ofreció a quienes impulsaban la reforma condiciones de libertad y hasta de circunstancial apoyo, sobre todo en cuestiones de política universitaria. Finalmente, consignemos una hipótesis sociológica que contribuye también a explicar el retraimiento y el moderantismo del reformismo en la Argentina.

Como ha señalado Tulio Halperin Donghi, la malla de instituciones de la sociedad civil existente ya en 1918 —de mayor complejidad y diversificación que la existente, por entonces, en otros países del continente— colocó diques más difíciles de superar a aquellos líderes universitarios que —como Julio V. González— anhelaban catapultarse a la escena nacional, a través de la proyección política del movimiento surgido en las aulas. Dicho de otro modo, una ya densa trama de organizaciones de los propios sectores subalternos hacía menos llano de —lo que pudo resultarle a Haya en el Perú o Mella en Cuba— el camino que iba de la universidad a la política nacional.

Todo ello contrasta con la experiencia en la que se habían formado Manuel Seoane, Luis Heysen y los demás reformistas peruanos —quienes habrían de verse obligados a tomar la vía del exilio—. Tanto las condiciones sociales y políticas peruanas, como el peculiar estilo que habría de imponerle al reformismo —y luego al APRA— su líder Haya de la Torre— hasta, incluso —desde otro ángulo—, las aristas que en experiencias como la de la revista *Amauta* pudo asumir el cruce

MARTÍN BERGEL

entre vanguardia estética y vanguardia política, adoptaron tonos de una crispación y una radicalidad difíciles de hallar en Argentina.

Desde sus orígenes —abonados por la iracundia del admirado González Prada y por atisbos de influencia anarquista—, a los que hubo de sumarse el voluntarismo y la épica aguerrida y militante adquirida en célebres jornadas de lucha antileguista —como la del famoso y continuamente evocado 23 de mayo de 1923—, el *estilo reformista peruano* fue adoptando algunos caracteres que habrían de hacerlo célebre en todo el continente. Uno de esos rasgos consistía en proclamar la necesidad de tomarse seriamente las implicancias de la palabra «revolución». De ello podía jactarse Haya en una conferencia en Cuba, al inicio de su largo periplo como exiliado:

Esta de moda la palabra «revolucionario», y como las mujeres bonitas corre el riesgo de prostituirse, porque no todos la comprenden. Anda en boca de todos; todos la toman y tienen a su alcance, y tienen la satisfacción de aplicarla; pero como no todos la comprenden, corre el riesgo de que invocando su nombre la empleen quienes no son revolucionarios.

La organización, la disciplina y la creación de un dispositivo político capaz de capturar el poder: tal era el horizonte problemático —inexistente en el reformismo argentino— en el que habrían de entrelazarse los jóvenes peruanos exiliados. Y, sin embargo, apenas llegado al Río de la Plata, Enrique Cornejo Koster podía informarle al joven Heysen —todavía en Chile— que la tarea a la que comenzaban a entregarse —sin dilaciones— los desterrados era la de «constituir un partido que tendría por fin principal el derrocamiento de Leguía».

Esa organización política no sería creada en Argentina, pero sus efectos sí se harían notar allí. Por lo menos, desde su viaje de 1922 por los países del Cono Sur, Haya pudo advertir que su prédica encontraba algo más que oídos atentos en los actos y conferencias en los que participaba. Percibió, entonces, que las ideas antiimperialistas y latinoamericanistas gozaban de un eco y una simpatía inmediata en círculos cada vez más amplios, que —en su carácter de portavoz de un movimiento que se presentaba como la vanguardia del entero reformismo universitario del continente— no cesaban de agasajarlo. Desde entonces —principalmente, una vez que emprendió su singular exilio proselitista a partir de octubre de 1923—, el líder estudiantil se

## MANUEL SEOANE Y LUIS HEYSEN

entregó a una frenética tarea de propaganda. Las conferencias y actos y, sobre todo, las prácticas de escritura y de publicación de textos se multiplicaron velozmente.

En Argentina, esa tarea de autoconstrucción de una narrativa que —a un tiempo— colocaba al reformismo peruano como lo más avanzado del continente y que dibujaba una trayectoria impoluta y siempre edificante para el propio Haya —dos dimensiones que, en la medida en que líder y movimiento se confundían y entrelazaban hasta constituir casi un solo personaje histórico, aparecían juntas en un mismo relato—, tuvo ocasión de desarrollarse profusamente. Haya se encargó de publicar en casi todas las revistas ligadas al reformismo y a la «nueva generación» —*Nosotros, Revista de Filosofía, Sagitario, Revista de Oriente, Renovación, Córdoba, Claridad, Inicial, Estudiantina*, los diarios *Crítica* y *La Voz del Interior*—, e incluso dentro de la iconoclasia vanguardista e irreverente de *Martín Fierro*, tuvo espacio para darse a conocer.

Esa prédica insistente fue correspondida con una admiración sin fisuras de parte del público al que se dirigía. Y, por extensión, esa simpatía envolvió también a los desterrados, representantes *in situ* de la perspectiva que con tanta estridencia desparramaba Haya. ¿Qué explica esa aprobación generalizada que no conocerá denuestos serios hasta las polémicas con los órganos comunistas, luego del Congreso Antiimperialista de Bruselas de 1927? Desde la óptica vacilante respecto a la política que hemos visto en el reformismo argentino, la propuesta de Haya —y quienes lo seguían fielmente en la Argentina— pareció encontrar oídos aprobatorios y producir una suerte de efecto compensatorio: si el antiimperialismo y el latinoamericanismo en los que se creía no lograban trascender en el Plata la dimensión puramente ideológica o retórica, del Perú —en cambio— parecían llegar señales efectivas de su traducción concreta en organización.

Haya debió haber tomado nota de esa demanda no sólo peruana y —envalentonado con la cálida recepción de la que era objeto— no demoró en dar forma al APRA, organización con la que imaginó poder conducir a los obreros y estudiantes —«frente único de trabajadores manuales e intelectuales»— de toda América Latina. Así, luego de la presentación de su movimiento a través del célebre texto *¿Qué es el APRA?*, publicado —primero en inglés, a fines de 1926, y enseguida, en castellano— en numerosos medios de todo el continente, aceleró todavía más su labor organizativa. Varias células apristas fueron, entonces,

MARTÍN BERGEL

formalmente creadas. Entre ellas —desde 1927, y bajo la dirección de Manuel Seoane—, la de Buenos Aires, a la que se debe en ese mismo año, y con la activa colaboración de Gabriel del Mazo, la publicación del primer libro de Haya: *Por la emancipación de América Latina*.

No obstante —en rigor—, el APRA no fue la única entidad que pretendió darle cauce a la extendida sensibilidad americanista y antiimperialista que se esparcía en el continente. Antes bien —hacia mediados de la década—, se asiste al surgimiento y a la superposición de una miríada de agrupaciones de ese credo. Las más importantes son de 1925: la Liga Antiimperialista de las Américas (LADLA) —fundada en México— y la Unión Latinoamericana (ULA) —creada por Ingenieros y Palacios, en Buenos Aires—. Y en la medida en que esas organizaciones tuvieron también aspiraciones internacionales, Haya pudo percibir en ellas una potencial amenaza. De allí que en *¿Qué es el APRA?* no titubeara en descalificarlas:

Se había ya enunciado el hecho económico del imperialismo, pero no sus características de clase y la táctica de lucha para defendernos de él. De las Universidades Populares González Prada se lanza la primera voz en este sentido en 1923, invocando la unión de la juventud de trabajadores manuales e intelectuales para una acción revolucionaria contra el imperialismo (véase *Córdoba*, primera semana de febrero de 1924) En el año de 1924 la Primera Liga Antiimperialista Panamericana fue fundada en México y la Unión Latinoamericana en Buenos Aires. La Liga Antiimperialista fue el primer paso concreto hacia la unión del Frente Único de Obreros, Campesinos y Estudiantes proclamado por las Universidades Populares González Prada del Perú y bautizado con sangre en la masacre de Lima del 23 de mayo de 1923, por el gobierno del Perú, «made in USA». La Unión Latinoamericana de Buenos Aires fue fundada como el Frente Único de los Intelectuales. *Pero la Liga Antiimperialista Panamericana no enunció un programa político sino de resistencia al imperialismo, y la Unión Latinoamericana se limitó a fines de acción intelectual*. Cuando a fines de 1924 se enuncia el programa de la APRA presenta ya un programa revolucionario de acción política y de llamamiento a todas las fuerzas dispersas a unirse en un solo Frente Único.

Si las diatribas contra la LADLA —en la medida en que ésta acentúe progresivamente su perfil comunista— serán una constante —basta

## MANUEL SEOANE Y LUIS HEYSEN

observar lo que de ella se dice en algunos pasajes de *El antiimperialismo y el APRA*—, la situación habría de ser más delicada respecto a la ULA. Ante ella, Haya asumirá alternativamente posiciones ya de cooperación, ya de competencia. La cooperación sobrevino, sobre todo, luego del Congreso Antiimperialista de Bruselas, de comienzos de 1927 —al que Haya asistió junto a Eudocio Ravines—, cuando ante las disputas con la Komintern que allí se evidencian —y que no harán sino profundizarse con el correr de los años—, el líder aprista cree conveniente una política de acercamiento a la ULA, como modo de edificación de un dique contra la expansión comunista —acercamiento que habría de refrendarse con el ingreso y la militancia activa en sus filas de Seoane y varios otros peruanos residentes en Argentina—.

Sin embargo, esa pretendida cooperación con la ULA llevaba implícita la idea de que ésta se subordine finalmente a esa herramienta superior y tanto más necesaria que era el APRA. Los reformistas argentinos —de quienes era expresión la ULA— habían jugado un papel de primer orden en la etapa inicial de la reforma; de allí que merecieran, especialmente en tanto intelectuales, toda la admiración. Pero, la posta había sido tomada por una forma superior de reformismo, que había dejado atrás la etapa del idealismo romántico: tal era —en el relato promovido por Haya— la tarea histórica encarnada por el APRA. Dicha creencia en la jerarquía de las organizaciones condujo a Haya a escribir —a comienzos de 1927— una carta a Alfredo Palacios —presidente de la ULA—, en la que una vez más dejaba traslucir que el apotegma de resonancias nietzscheanas —que reza que: «el mundo es de aquellos que se animan»— no le resultaba ajeno. Decía allí, el líder peruano:

Pero no importa que estemos en desacuerdo en este punto [En referencia a la cuestión de Tacna y Arica, en torno a la cual Palacios había tenido desde siempre una posición pro-peruana que Haya juzgaba inconveniente]. Quiero —con el mismo tono confidencial de su carta y de ésta— referirme a otro: la formación definitiva de nuestro frente único de trabajadores manuales e intelectuales y la aceptación de la ULA a los principios que la APRA sostiene. La APRA es y trata de ser ante todo Alianza, no un partido sólo, sino una alianza o federación de fuerzas. Donde se pueda la APRA será partido, donde no sea posible será sólo alianza, en todas partes frente unido antiimperialista [...] Creo que usted alentando la APRA, saludando y adhiriendo a sus postulados, procurando

MARTÍN BERGEL

la adhesión de la ULA al frente único que venimos tratando de formar desde hace varios años, dará al movimiento un definido carácter latinoamericano, autónomo, popular y fuerte. En el Perú la APRA será partido, como el Kuomintang, para conquistar el poder y derribar a los imperialistas; eso mismo puede ser en Bolivia, Venezuela, Colombia, Centroamérica, etc. En Argentina y Chile puede ser simplemente frente único, alianza popular de fuerzas, foco central de acción y ayuda. Todos los elementos dispersos, los sindicatos manuales e intelectuales divididos, los intelectuales alejados, los movimientos de clases medias y de fracciones socialistas, liberales, etc., podrían ser comprendidos en la sección argentina de la APRA [...] Si usted se encontrara favorablemente dispuesto a este proyecto, yo haré lo posible para ir a la Argentina en junio aunque sea por un breve plazo, y esté usted seguro que habremos salvado la causa antiimperialista del riesgo que corre...

No sin algún recelo, la incorporación de la ULA al APRA fue aprobada —primero en Córdoba y, después, en Buenos Aires—. La noticia de la aceptación de la filial cordobesa provocó una entusiasta respuesta de Haya, quien creía ver encaminado su proyecto de hegemonía sobre el campo antiimperialista latinoamericano. Palacios y Haya no cesaron, luego, de prodigarse elogios mutuos. Pero —en rigor—, la adhesión de la ULA al APRA no pareció tener mayores efectos prácticos. Ni la presencia de Seoane en la Secretaría General de la organización argentina desde 1928, ni su estrecha relación con Palacios, alcanzaron a trocar las características y la identidad de una entidad que era —en definitiva— disímil al APRA.

Haya —confiado en la ascendente presencia de sus acólitos peruanos en Argentina— no pareció, entonces, advertir las complejidades que se producían a la hora de intentar la implantación del estilo aprista en un contexto distinto al que había surgido. Esa tensión entre el horizonte de aspiraciones internacionales que entonces propugnaba el APRA y las circunstancias locales argentinas fue —en cambio— experimentada en carne propia por Manuel Seoane y Luis Heysen.

4

¿Qué papel juegan —en esta difícil relación de competencia/cooperación entre estas organizaciones antiimperialistas latinoamericanas, que es también una relación entre culturas políticas diversas— los exiliados apristas peruanos en Argentina? Hemos señalado ya que su arribo —a mitad de la década— no pasó desapercibido en los medios reformistas. No sólo se trataba de jóvenes desterrados, sino de protagonistas de importantes episodios de lucha, en los cuales se confundían la resistencia al tirano Leguía y los motivos iniciales de la Reforma Universitaria. Como también hemos destacado, la jornada del 23 de mayo de 1923 y la experiencia de las Universidades Populares González Prada habían dado proyección continental a Haya y a la totalidad del movimiento reformista peruano.

Conviene retener —de entrada—, frente a algunas fórmulas apresuradas, que el aprismo estaba —en la segunda mitad de los años veinte— apenas en proceso de gestación. Como hemos visto, el APRA gozará de una persistente visibilidad, sobre todo desde 1926-1927. Pero, más allá de concitar simpatías, el gradiente de adhesiones a la organización será variable. En rigor, la consolidación de una identidad aprista en círculos amplios sólo tendrá lugar hacia fines de la década y, más especialmente, luego de la caída en el Perú de Leguía y la formación del Partido Aprista Peruano, en 1930. Hasta entonces, el elenco de nombres que se aviene a colocarse bajo su abrigo será cambiante, como lo testimonian los casos de la colaboración que Mariátegui presta a Haya hasta 1928, o —ya entre los exiliados— el paso breve por filas apristas de Eudocio Ravines.

Empero —desde otro ángulo y en el contexto de unos años veinte de filiaciones cambiantes, grávidos en entidades e iniciativas que se reclaman antiimperialistas y latinoamericanistas—, impresiona la fidelidad del conjunto de jóvenes que —tras compartir intensos, pero breves años— seguirán aún a la distancia, obedientemente, a Haya de la Torre. Hemos dado testimonio de los modos —a menudo, desprovistos de sutileza— en que éste procura construir su propia imagen de líder continental. Con todo —y para evitar lecturas simplistas o livianamente desmitificadoras—, hay que decir que los valores reclamados para sí por Haya no debían resultar demasiado extravagantes o ajenos a lo que se percibía entonces como lo real. Porque si la distancia suele dar mayor lustre a las cosas —

MARTÍN BERGEL

y así la figura romántica de Haya podía resultar cautivante para una porción significativa de la opinión pública latinoamericana y aún mundial—, en este caso, su capacidad persuasiva afectaba a jóvenes que habían tenido la oportunidad de conocerlo directamente.

Es el caso de Manuel Seoane y Luis Heysen, dos figuras que —traspasada la mitad de la década— no dudan ya en definirse como «apristas» —y así lo harán por el resto de sus días—. Ambos arriban a la Argentina con un bagaje experiencial que determina buena parte de su acción futura. Habían mantenido una relación estrecha con Haya de la Torre desde muy jóvenes. Heysen lo conoció en 1922 —con apenas 19 años— y estuvo muy cerca de él en los episodios previos a su destierro. Seoane y Haya cultivaban una amistad aún desde antes, y habían compartido muchas horas de lecturas, deportes y discusiones juveniles.

Seoane provenía de una encumbrada familia civilista, y llegó a enfrentar a Haya por la conducción de la Federación de Estudiantes del Perú, en 1923. En esa ocasión, fue elegido presidente, pero al enterarse que Haya había sido encarcelado, declinó en su favor. Además de haber frecuentado a quien desde entonces sería su líder, tanto Heysen como Seoane tienen participación directa en las jornadas de lucha contra la dictadura de Leguía. Ambas experiencias —la cercanía a Haya y el antileguiísmo aguerrido y militante— parecen haberlos marcado decisivamente.

Tal es así que —como hemos apuntado ya— es bajo la insignia de ese estilo combativo que los jóvenes exiliados reformistas se reúnen —a comienzos de 1925— para planear la creación de una herramienta política revolucionaria. Se trata de un momento inicial en el que parecen abrigar la esperanza de que el retorno al Perú no podrá demorarse, y que la etapa argentina no debería resultar más que un breve episodio. No es lo que ocurre: los intentos por emprender el retorno antes del treinta —que algunos desterrados ensayan— son, por lo general, impedidos por el gobierno de Leguía.

Por lo demás, el proyecto de constituir tempranamente un partido se interrumpe por desavenencias entre los miembros del grupo —»ni Manolo Seoane ni Federico More están de acuerdo con nuestras ideas de socialización de la tierra«, dirá Cornejo Koster—, lo que permite ver que —salvo esa identificación con los rasgos del proceso reformista-antileguiísta que todos han vivenciado— no ha madurado aún entre ellos algo semejante a un programa político.

MANUEL SEOANE Y LUIS HEYSEN

Ese prematuro revés, del que se supone Haya está —en ese instante— sólo intermitentemente enterado —preocupado como está en afincarse en algún sitio en Europa, tras haber sido expulsado de Suiza luego de su viaje a Rusia—, parece haber impulsado a los exiliados peruanos —quienes nunca dejarán de pensar en el retorno al Perú y el derrocamiento de Leguía— a integrarse más decididamente en el entramado cultural del reformismo argentino. Mientras algunos se dedican a estudiar y a formarse, otros comienzan a participar e integrarse en la vida política e intelectual local.

Entre los jóvenes peruanos, Luis Heysen se afinca en La Plata —donde concluye los estudios de agronomía que había abandonado en el Perú, con una tesis titulada «Presente y porvenir del agro argentino», aprobada con honores y publicada por la universidad—. Además, rápidamente se involucra en la vida de la militancia estudiantil de esa ciudad —que ha sido la capital del reformismo universitario argentino—. Así, a los pocos meses de llegado, participa junto a Seoane en la delegación que —en representación de la juventud reformista platense— viaja al Uruguay, en un programa de intercambio continental de maestros y estudiantes, ideado por Alfredo Palacios.

La crónica ofrecida por *Sagitario* —la revista platense, dirigida por Julio V. González, Carlos Sánchez Viamonte y Carlos A. Amaya, representativa del sentir de los sectores reformistas más activos y políticamente comprometidos—, que los presenta como destacados miembros de la Federación de Estudiantes del Perú, desterrados por el gobierno de Leguía, subraya el hecho de que ambos jóvenes se hayan «radicados fraternalmente entre nosotros».

En efecto, los exiliados peruanos parecen compartir dos características, gracias a las cuales pronto descubren que son bien acogidos en los espacios reformistas a los que buscan integrarse. De un lado, el ya mencionado prestigio otorgado por su pasado reciente de lucha, que algunos medios están dispuestos a reconocer rápida y, a veces, espontáneamente. De otro, una cierta gimnasia activista, que les permite no titubear demasiado a la hora de proponerse objetivos y ofrecer iniciativas.

Así, cuando Ravines escribe a Heysen —en carta de comienzos de 1925—:

MARTÍN BERGEL

[...] pienso pasear por América —si paseo puede llamarse a esta gira forzada de vagabundo— y luego escribir un libro sobre América: mis frases tendrán todo el fuego necesario para pulverizar a los gobiernos del Perú, Bolivia y Venezuela, principalmente. Atacaré con todas mis fuerzas el imperialismo yanqui. Quisiera vivamente conocer Europa primero, y luego recorrer Cuba, Centro América, en general toda la América. Veremos si es posible.

no hacía sino describir un espíritu, un *ethos* que subtendía el impulso vital de los jóvenes reformistas peruanos en el exilio. Viajar, escribir, agitar, pergeñar e intentar llevar a cabo revoluciones son, en efecto, actividades que todos ellos desarrollarán profusamente.

Es con arreglo a ese *ethos* que debe ser entendido el arribo del joven Heysen —a mediados de 1926— a la presidencia de la Federación Universitaria de La Plata, apenas poco más de un año después de haberse instalado en la ciudad. Se trataba de un hecho inédito: por primera vez, un extranjero ocupaba ese cargo. Ciertamente, desde que —en 1921— Benito Nazar Anchorena ocupa la presidencia de la Universidad de La Plata, la contrarreforma se instala como un proceso real en la que ha sido hasta entonces una universidad particularmente abierta al clamor de renovación surgido desde Córdoba, en 1918. En 1926, la llegada del joven peruano a la presidencia de la FULP parece destinada a ofrecer nuevas ínfulas al reformismo platense. Así, cree entenderlo *Sagitario*:

La Federación Universitaria no es este año un simple apéndice de las autoridades universitarias, sino la entidad representativa de las aspiraciones estudiantiles. Con la elección para presidente de nuestro amigo Luis Heysen, puede asegurarse que la Federación Universitaria ha demostrado su firme propósito de reiniciar la vida de actividad inteligente [...] Hemos conversado con Heysen, el nuevo presidente de la Federación Universitaria, y es su resolución trabajar sin descanso para prestigiar a la entidad estudiantil librándola del recuerdo nefasto dejado por sus antecesores.

Lo que Heysen parece prometer es la recuperación del vigor y la independencia de la entidad representativa de los estudiantes. Pero, *Sagitario* le pide algo más:

MANUEL SEOANE Y LUIS HEYSEN

Pero aparte de asegurar la independencia y libertad para obrar, indispensable sin duda alguna, está obligada la Federación Universitaria a una intensa campaña de cultura.

Por su propio carácter, Heysen tenderá a satisfacer más lo primero que lo segundo. Y es que el joven peruano estaba lejos de estar formado en las altas disciplinas del espíritu como quienes —desde *Sagitario*— lo apoyaban y demandaban, a la vez. Cuando viaja nuevamente a Uruguay —ya como presidente de la FULP—, para participar junto a una delegación universitaria en una serie de actividades de intercambio, a la hora de dar una conferencia, elige hablar sobre «Las dictaduras en América».

En otra ocasión, concurre al Congreso Universitario Anual —ámbito muy poco amigable para los reformistas—, que tenía lugar bajo la presidencia de honor del presidente Marcelo T. de Alvear. Y al presenciar como un joven acólito de los sectores universitarios conservadores habla «en nombre de la juventud de La Plata», desafía públicamente a Nazar Anchorena por haberle usurpado la representación legítima de los estudiantes.

Mientras tanto, la elección de Heysen a la presidencia de la FULP no podía pasar inadvertida para Haya de la Torre, quien dedica un mensaje a la juventud platense:

Queridos compañeros estudiantes de La Plata: Desde la elección de Luis E. Heysen para la presidencia de la Federación Universitaria de La Plata, tuve el deseo de escribirles para felicitarles, excluyendo la circunstancia de ser Heysen un compañero de lucha y de destierro, por la práctica demostración de solidaridad latinoamericana que habían dado con esa designación. Aunque sea tarde, insisto en este punto porque si bien Luis Heysen es muchacho de extraordinarias condiciones, la elección de ustedes significaba no sólo un tributo al individuo sino un homenaje simbólico a la juventud estudiantil peruana cuyas vanguardias han sido despiadadamente castigadas por el terror reaccionario que desde Mayo de 1923 ensangrienta al Perú sacrificando obreros, estudiantes, campesinos e intelectuales.

No es difícil percibir que Haya no quiere perderse parte del botín que considera suyo, y es que la elección de Heysen no es para él más que

## MARTÍN BERGEL

el reconocimiento a las juventudes peruanas, lo que no significa otra cosa que un reconocimiento a él. A través de Heysen, es Haya quien juzga haber triunfado. Es Haya quien —como líder de Heysen— imagina —por extensión casi natural— ser, a su vez, líder de los universitarios platenses. Esa creencia es la que le permitirá concluir su mensaje, solicitando la unión explícita de la juventud platense a las huestes apristas en formación.

Heysen, en suma, parece cómodo en el papel que la circunstancia le exige. Evocar continuamente las hazañas del movimiento reformista peruano con iracundos gestos es algo que aparece dentro de su temperamento. Menos cómodo podrá sentirse cuando tenga ante sí reclamaciones «culturales», más típicas del medio reformista argentino. Lejos de amilanarse, el eco positivo inicial que encontrará el ardor que destila desde su cargo de presidente de la FULP, lo llevará a entusiasmarse y a sobreestimar las posibilidades de desarrollar —en el medio argentino— el estilo reformista peruano, que —por mediación de Haya y desde fines de 1926— se ha transformado ya en aprismo militante.

Heysen no parece, entonces, darse cuenta hasta qué punto su tono a veces demasiado ampuloso puede desentonar en algunas ocasiones. Así, cuando el platense Juan Manuel Villarreal lo invite a escribir en un número de la revista *Estudiantina* que dirige —dedicado enteramente a homenajear a Romain Rolland—, Heysen interpreta —de un modo acaso demasiado literal— la noción de heroísmo con que la mayoría de los colaboradores celebra al afamado escritor pacifista. A la figura del héroe cultural que campea en la evocación de Rolland —que da tono a la publicación—, el peruano elige oponer entonces la del héroe revolucionario:

Y evidentemente, nuestro momento histórico nos impele a pasar sobre él haciéndonos protagonistas eficaces de nuestro drama. La acción revolucionaria que encarne los problemas más urgentes, más ineludibles es el imperativo de nuestra generación, que hoy lucha con heroísmo contra todas las fuerzas pasatistas del presente por un porvenir sin castas y sin privilegios. Al mal se le tiene que combatir violentamente porque ni nuestros tiranos, ni nuestras clases dominantes, ni los implacables capitanes de la industria contemporánea van a ceder su posición actual o futura en pro de la verdad y de la justicia social. Por eso es contraproducente crear

MANUEL SEOANE Y LUIS HEYSEN

las tesis del hombrelibrismo, de la no violencia y de la resistencia pasiva [...] Admirar a Romain Rolland por su inmenso amor de justicia y su firme estoicismo, no debe ser sinónimo de proclamar y defender sus tesis, pues, todo aquel que comprenda en su auténtico sentido el valor de la jornada a emprender, coincidirá en que la posición única de la juventud, mientras haya injusticias que combatir, es de franca beligerancia. Hablar de paz, de no violencia, ante una injusticia es muy dulce y bondadoso; pero, también muy ingenuo. Nuestro grito en América Latina tiene que ser de guerra contra los males de dentro y de fuera porque él nos traerá la anunciación de una América justa y solidaria.

Impulsado a la distancia por Haya, Heysen funda, entonces, una célula aprista en la propia ciudad de La Plata que se distingue de la que dirige Seoane en Buenos Aires por estar conformada —salvo por él, que la preside— por argentinos —Pedro Verde Tello, Emilio Azzarini y Andrés Ringuelet, entre otros—. En el acta de la reunión de fundación se da cuenta de que

[...] el compañero Heysen expuso a los presentes la finalidad histórica que el Partido Alianza Popular Revolucionaria Americana [...] iba a cumplir en América.

Y, a continuación, lee la carta de Haya a los estudiantes platenses que ya hemos citado. Sin embargo, la célula tuvo una vida apenas breve. El sermón revolucionario aprista no consiguió replicar en el medio reformista platense el horizonte de acción al que incitaba. Así, una vez terminado su mandato al frente de la FULP, Heysen parece aceptar que su etapa en La Plata está agotada. A comienzos de 1928, viaja a París, donde se inscribe en La Sorbona y ocupa el lugar de Ravines en la dirección de la célula aprista de la ciudad, para luego unirse al propio Haya en 1929, en Berlín.

Con todo —en 1930—, cuando regrese a la Argentina, el grato recuerdo que ha dejado y un contexto cada vez menos proclive a la prédica de tipo arielista-iluminista —dominante en el reformismo argentino— volverán a otorgarle voz a su palabra llana y vibrante. Días después del golpe de Uriburu a Yrigoyen y de la caída de Leguía, Heysen será orador de un acto organizado por la Confederación Juvenil Socialista, en una abarrotada Casa del Pueblo que lo ovacionó en su

MARTÍN BERGEL

intervención «contra las dictaduras del continente al servicio del imperialismo yanqui.» Pocas semanas después, ante una nueva coyuntura marcada por el retorno de los apristas en el exilio, la atención que siempre había mantenido fija en el Perú le indicaba la necesidad de volver.

5

El caso de Manuel Seoane expresa también —aunque, de un modo diverso— las complejidades que tramaron la estancia de los exiliados apristas en la Argentina de los veinte. Seoane será quien con mayor convicción asuma la organización de la célula aprista de Buenos Aires, desde 1927 en adelante. Ahora bien: ¿cuáles debían ser las tareas de esa célula? Desde el punto de vista de Haya, la cuestión no parecía ofrecer misterios: la construcción —bajo su liderazgo— de un movimiento continental, a la vez que una estrategia de captura del poder en el Perú.

Para los peruanos insertos en los medios reformistas argentinos, la tarea no resultó —en cambio— tan sencilla. Tulio Halperin Donghi ha señalado, al respecto, dos obstáculos que los apristas debieron enfrentar. De un lado, la incompreensión y hasta la burla de algunos sectores inscritos o afines a la corriente reformista. Tal el caso de la revista *Inicial*, para la que los apristas se encontraban

[...] en una infancia intelectual envidiable, en plena era romántica de las barricadas, de los panfletos y de las sociedades secretas.

De otro, el hecho de que esa incompreensión se traducía en un desacoplamiento entre la visibilidad del APRA y los efectos concretos que podría esperarse de ella. Así, si Haya y los demás peruanos, por lo general, concitaban respeto y admiración en los reformistas argentinos, resultaba más difícil que éstos se apropiaran para sí del discurso y la identidad aprista. En otros términos —como hemos visto concluir a Halperin—, una cosa es escuchar con simpatía o aún hablar de la revolución, y otra muy distinta estar dispuesto a llevarla a cabo.

Manuel Seoane parece haber sido más sensible que su compañero Heysen frente a este complejo cuadro. Sin dejar de lado la denuncia de

## MANUEL SEOANE Y LUIS HEYSEN

Leguía y el imperialismo norteamericano, su accionar estuvo menos centrado en desarrollar explícitamente la flema revolucionaria promovida por el APRA. En ese sentido, el exilio proselitista de los peruanos en Argentina será —en comparación al de Haya— más modesto, al menos en cuanto a la voluntad de hegemonizar el espacio reformista, a través de la promoción de la identidad aprista. Y es que Seoane pareció haber tomado nota prontamente —y hasta de manera resignada— de las especificidades del medio reformista argentino.

En 1925, viaja a Bolivia en misión de camaradería universitaria —va en representación de los estudiantes argentinos— y, a su regreso, publica un libro en el que retrata la experiencia. En el primer capítulo de éste —titulado «Porqué fui a Bolivia»— trazaba un primer balance de la sociedad que lo había acogido en su exilio:

Desde un punto de vista subjetivo, mi vida en Buenos Aires, la ciudad estridente y multánime, se desenvolvía monocorde y municipalmente. *Una nostalgia obsesionante de anteriores épocas de lucha se había venido apoderando de mi ánimo.* Es cierto que disfrutaba de afectos y de paz en la gran capital del Plata, pero *una diferente manera de concebir la acción me distanciaba espiritualmente de los amigos cotidianos y especialmente del gremio estudiantil [...] Aquello me aburría [...]* Aprecio más el dinamismo que la erudición. Creo que las grandes obras demandan impulsos calientes y exaltados y no la fría disección analizadora de los gabinetes. El academicismo es un lento suicidio del carácter [...] Este cúmulo de circunstancias ha subalternizado el ambiente y la orientación del estudiantado del Plata. Ni culpo ni disculpo. Este descenso después del movimiento inicial que cumplió la vidente generación del '18 obedece a muchos factores que no es del caso descubrir [...] Diré, pues, para concluir, que la agitación ideológica es reducida en extensión aunque valiosa en calidad, pero que únicamente se vierte en el folleto, en el periódico o en la lírica declaración convencional. Al movimiento le falta hondura [...] De no adentrarse en la tierra, vale decir, penetrar en la masa, cualquier vendaval demagógico, de izquierda o de derecha, puede derribarlo fácilmente.

Por todo ello, la «mirada estrábica» de Manuel Seoane y los demás apristas peruanos indicaba una doble tarea. De un lado, pulir o disimular las aristas del estilo peruano que pudieran generar rispideces o,

MARTÍN BERGEL

simplemente, incompreensión en el medio reformista argentino. Esto es, una estrategia de adaptación a sus disposiciones típicas. He aquí a lo que Seoane se entrega como fiel alfil de Alfredo Palacios en la Unión Latinoamericana, asumiendo cada vez mayor protagonismo como secretario general de esa entidad y como director de su periódico *Renovación*. De otro, mantener agrupado y en conexión con el resto del aprismo en la diáspora al grupo de peruanos en el exilio, para — como quería Haya— emprender disciplinadamente el retorno, cuando finalmente cayera Leguía y los tiempos anunciaran la posibilidad de desarrollar una estrategia de toma del poder.

Ello no obstó para que el dinamismo de Seoane tuviera ocasión de desplegarse en iniciativas de propaganda antiimperialista que sí encajaban en las necesidades de la Unión Latinoamericana. La actividad del peruano supo ser, en efecto, febril —como se desprende de la siguiente carta que le escribe a Heysen—:

Te ruego que a vuelta de correo me mandes los recortes que sobre el Perú te proporcioné hace algunos meses. Urgente para la campaña en que estoy empeñado. Esta noche debo hablar en Plaza Once, pasado mañana en la Boca, el jueves en Montevideo, el viernes en la Biblioteca Anatole France, y finalmente el domingo en Plaza Congreso.

Como en el caso de Heysen, la simpatía que su predisposición a la acción generaba en sus pares argentinos, en ocasiones, lo tentó a querer alterar la chatura que creía ver en el reformismo local. Así, en una de sus conferencias en la Asociación Cultural Anatole France —ligada al grupo *Claridad*—, Seoane podía permitirse deslizar una mirada negativa del curso adoptado por la Reforma Universitaria argentina, al tiempo que sugerir su vía de recuperación:

Al hacer el balance se advierte que la reforma del '18 dista mucho de haber alcanzado la importancia que se le atribuye, y se colige, también, que la verdadera lucha por la transformación social tiene que plantearse fuera de la universidad, en el más amplio y natural campo de la política.

En general, Seoane pareció advertir más claramente que Heysen los límites de lo que los marcos del reformismo argentino permitían

MANUEL SEOANE Y LUIS HEYSEN

entender por política. De allí que no insistiera demasiado en querer replicar los ademanes apristas en sus actividades en la ULA. Así, al tiempo que no cejará en su accionar propagandístico —podía contarle a Mariátegui el tiempo que le demandaba preparar *Renovación*, «así como el ciclo de conferencias radiofónicas iniciado por la ULA»—, la naturaleza de sus actividades al frente de la célula aprista de Buenos Aires tendieron a acomodarse a modalidades que encajaban bien en el estilo del reformismo argentino —estilo al que en cierta ocasión pudo aludir, también en carta a Mariátegui y en referencia a su cercano compañero Palacios, a través de la palabra «socialdemócrata»—.

De un lado, a tono también con la indicación de Haya acerca de la necesidad de avanzar en el estudio del imperialismo —en tanto fenómeno económico—, Seoane procuró que en el seno de la célula aprista porteña se cultive la investigación y el análisis de sus manifestaciones concretas, particularmente para el caso peruano. En paralelo a Haya, el Seoane de estos años, en efecto, enfocará los aspectos de la vida social desde una óptica materialista que remitía a Marx, incluso para abarcar los fenómenos estéticos. Ya a comienzos de 1925 le escribía a Heysen —cuando éste aún estaba en Chile—:

[...] conviene que te vengas porque además desde acá nos proponemos estudiar los problemas peruanos, para adoptar desde ya la posición constructiva.

«Estudiar los problemas peruanos»: una tarea que el ambiente argentino parecía favorecer. Seoane pudo, entonces, entregarse a la realización de investigaciones sobre fenómenos como el crecimiento de la deuda pública o la penetración del capital norteamericano en el Perú. Y al regresar a su país —en 1930—, enfrascado ya en una tarea vertiginosa de propaganda y organización del PAP, en su primer acto en un teatro de Lima y ante centenas de militantes —conferencia que debió realizarse clandestinamente y que, a la postre, le costó tener que abandonar nuevamente el Perú—, Seoane daba cuenta del saldo benéfico en materia de estudio y preparación que el medio argentino le había permitido:

Venimos de pelear intensamente con las dificultades económicas en países desconocidos. Nosotros no tenemos casonas medievales

MARTÍN BERGEL

que rindan buenas rentas. Ni vastas haciendas de algodón o de azúcar donde el trabajo de los braceros indígenas nos suministre pingüe utilidad mensual. Venimos de trabajar y de sufrir. Pero venimos con la misma fe de nuestros mejores días, con más fe que antes, si cabe, porque en el exterior, viviendo en el estudio de las universidades o de las bibliotecas, y atendiendo a los experimentos sociales de otros pueblos, hemos aprendido el método científico que nos permitirá llegar a la realización de lo que antes era un sueño de románticos.

Otra de las tareas a las que se entregó Seoane en su estancia argentina —y que compartió con otros exiliados peruanos, como Oscar Herrera— fue la de la activa difusión de la revista *Amauta*. Como hemos podido ver, el líder de la célula porteña aprista había cultivado una estrecha relación con Mariátegui. De hecho, la ruptura de éste con Haya no alcanzó a impactar de modo inmediato y directo en esa relación, que se mantuvo activa por un tiempo y cuyo enfriamiento final —ya en las cercanías de la muerte de Mariátegui— no involucró los tonos crispados que sobrevinieron en las agrias polémicas del líder de *Amauta* con algunos apristas.

Ya a comienzos de 1927, Seoane había solicitado a Mariátegui «la representación de *Amauta*, a fin de invocar un mayor título que el de la amistad». Probablemente, Seoane pudo percibir que la revista podía ser una herramienta muy adecuada para conectar la sensibilidad peruana con la cultura intelectual rioplatense. Desde entonces, Seoane tuvo al tanto a Mariátegui de los avatares de la revista en Buenos Aires, ofreció repetidamente artículos suyos o de otros, y hasta llegó a informarle de la constitución del «grupo Amigos de *Amauta*». Es, finalmente, en esta revista peruana —en el número 26 de septiembre-octubre de 1929— donde Seoane y el escritor César Alfredo Miró Quesada publican el prólogo a una antología de «poetas revolucionarios peruanos», que habían proyectado editar en Buenos Aires bajo el título de *Poemas Rojos* —el libro, que se anuncia en las páginas de *Claridad*, no llega a publicarse—.

En suma, el conjunto de actividades de Manuel Seoane muestra que el peruano pareció aceptar una tácita división del trabajo: en tanto pieza fundamental de la ULA, tendió a reservar para el medio argentino tareas intelectuales —de formación e investigación— y de propaganda contra el imperialismo, mientras que las tareas más propiamente políticas

MANUEL SEOANE Y LUIS HEYSEN

las reservaba para el APRA y su regreso al Perú —que esperaba concretar en el instante en que las condiciones lo permitiesen—. De este modo, aun cuando pudiera compartir las reservas de Haya acerca de las limitaciones «intelectualistas» de la ULA, finalmente, prefería pasarlas por alto:

El camino existe y es urgente insistir en señalarlo. La Unión Latinoamericana no ha descansado en ello. Podría imputársele que es una organización cerrada, únicamente de intelectuales, y que se desvincula del proletariado manual. Con ser relativamente cierto este cargo, la Unión Latinoamericana ha escogido su ruta deliberadamente. Todavía recuerdo la tarde en que Ingenieros habló por vez postrera en el C.D. Su amplia frente de pensador ostentaba ya el signo precursor de la enfermedad que le robaría la vida después. Ingenieros, por excepción, no supo sonreír. Con una solemnidad triste nos recomendó que mantuviéramos la organización actual de la Unión Latinoamericana, lejos del tumulto de las asambleas y de la incómoda promiscuidad de los elementos de lucha. Recomendó mucha obra, mucha acción, pero sin heterogeneizar las filas. Creo que Ingenieros tuvo razón. La Unión Latinoamericana se ha mantenido fuerte y activa porque eludió ese falaz barulleo que en nuestros medios latinos frecuentemente conduce a la temprana disolución de los esfuerzos plurales.

Esto lo escribía Seoane a fines de 1929, como prólogo a una conocida compilación de textos de Alfredo Palacios, en su campaña antiimperialista. Apenas un año después, caído Leguía, Seoane estaba de nuevo en el Perú, entreverado en «la incómoda promiscuidad de los elementos de lucha».

6

La actuación de los jóvenes Manuel Seoane y Luis Heysen en la Argentina de los años veinte dejaría un recuerdo que no hubo de disiparse fácilmente. Cincuenta años después del paso de Heysen por La Plata, la publicación de *Temas y obras del Perú* —ese extraño libro de memorias y papeles personales en el que documenta su biografía política— merecerá la remembranza elogiosa —no exenta de nostalgia—, de algunos viejos compañeros platenses de andanzas juveniles.

## MARTÍN BERGEL

Seoane —por su parte— también dejó una cantidad numerosa de contactos y relaciones afectivas —empezando por la del propio Alfredo Palacios, quien decía entonces quererlo «como a un hermano menor»—, la que con seguridad hubo de incidir para que el peruano —ante la necesidad de escapar nuevamente de persecuciones políticas en el Perú de los años treinta— vuelva a elegir como destino a Buenos Aires. Tan intenso supo ser el vínculo entre Seoane y la nación del Plata que —hacia 1935— el peruano quiso dejar testimonio de su paso por el país en un libro en el que proponía una «inspección del alma argentina».

En conclusión —como hemos visto en este artículo—, toda la simpatía y las relaciones prohijadas por ambos jóvenes peruanos no alcanzaron a disimular las dificultades que debieron soportar en la tarea de intentar articular las demandas emanadas de la tradición política peruana —que tenían expresión en esa primera fase heroica del APRA— y las disposiciones culturales del reformismo argentino. Si Haya de la Torre, canónicamente, hubo de basar su crítica a la perspectiva comunista en su supuesta excentricidad respecto a la realidad latinoamericana, en los años veinte su anhelo de dotar al aprismo de un alcance igualmente internacional no se acompañó de las sutilezas referidas a las especificidades culturales que le reclamaba a su acérrimo contrincante.

A pesar de ello, los reformistas peruanos exiliados en Argentina —que debieron *surfear* entre esas requisitorias locales y transnacionales— pudieron —hasta cierto punto— encontrar formas de equilibrio. Heysen se sirvió del prestigio con el que se le investía por ser expresión de una cultura política que gozaba de creciente aceptación, y supo entrever que sus maneras podían encajar en las necesidades del estancado movimiento universitario platense. Posteriormente —aguijoneado por Haya—, fue menos perspicaz para darse cuenta de que ese lugar que se le cedía no significaba la incorporación en bloque, por parte de sus compañeros argentinos, del horizonte de prácticas ni de la identidad apristas. Seoane —en cambio— pareció entender más cabalmente las diferencias entre ambas culturas políticas y —sin ocultar nada de lo que conformaba su trayectoria y su temperamento político— eligió, sin embargo, focalizar su atención en las tareas que consideró más congruentes con el hábitat cultural argentino.

Con el golpe de Uriburu de 1930, el hiato que separaba las condiciones que habían configurado ambos estilos reformistas tendió

MANUEL SEOANE Y LUIS HEYSEN

a estrecharse. Así podía intuirlo Heysen —a fines de ese año— en carta a Manuel Ugarte:

Nuestra Argentina ha dejado de ser el refugio de la libertad americana. Tengo que decírselo sin ocultar mi amargura. He llegado a quererla tanto como a Perú, y sin embargo sufro más los dolores de aquí que por los de allá. Jamás hubiéramos creído que los soldados-generales que nunca ganaron batalla alguna quisieran ganar la de la dictadura colocando en el gobierno a los que se creían definitivamente desplazados y en trance de recibir 'los santos óleos...'. Y sin embargo, vivimos bajo la amenaza y nadie puede afirmar que se encuentre asegurado contra este incendio...

Pronto, Heysen y Seoane habrían de comprobar que esa sospecha no tenía nada de infundada. Y así, cuando el propio gobierno de Uriburu los detenga y mantenga presos en la cárcel porteña de Villa Devoto por unos días, en 1931 —en una suerte corrida por varios viejos compañeros de la Reforma Universitaria—, percibirán hasta qué punto el apacible marco en el que había tenido lugar la experiencia reformista ya no existía más. Paradójicamente, son esas nuevas condiciones las que harán posible tanto que los antiguos reformistas argentinos se plieguen de lleno a la lucha política —es el caso de Palacios, Sánchez Viamonte y Julio V. González, entre otros, integrados al Partido Socialista—, como que el aprismo ingrese en Argentina no ya apenas como una pura alternativa ideológica, sino como una opción política concreta, capaz de concitar atención y debates.

MANUEL A. SEOANE

CON EL OJO  
IZQUIERDO

(MIRANDO A BOLIVIA)

B U E N O S A I R E S

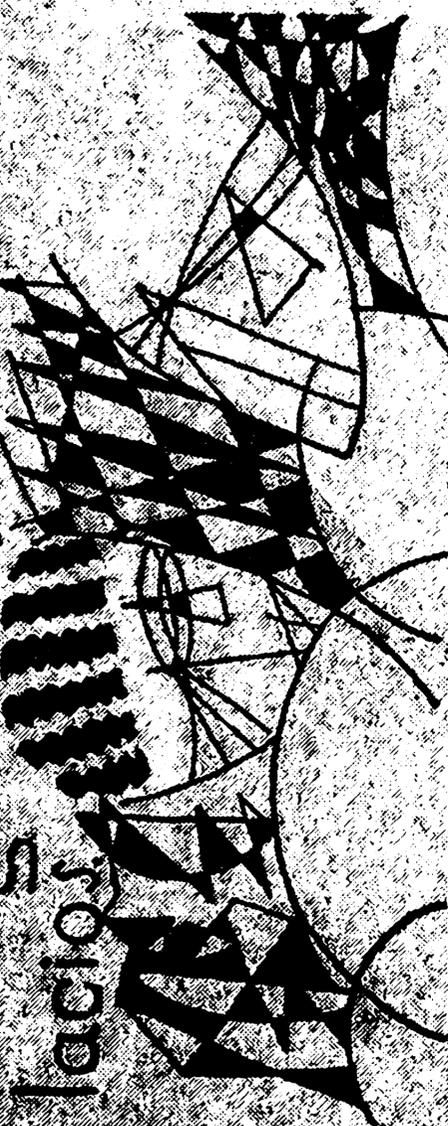
Imprenta y Papelería JUAN PERROTTI  
283 - Calle Reconquista - 283

I 9 2 6

CON EL OJO  
IZQUIERDO

Mirando a Bolivia.

Prólogo de Alfredo Pa-



MANUEL A. SEOANE • 1976



Para mi madre,  
 el primer ejemplar  
 de mi primer libro,  
 como homenaje a sus  
 virtudes maternales  
 y a la educación  
 que supo darme  
 en una escuela de  
 verdad, honestez y  
 valentia, en todo mi  
 proceso para ella, al  
 que acuso todo el que  
 guardi para mi  
 padre, noble madre te

Victor  
 Torres  
 Feb 926

Archivo Familia Torres-Seoane.